



## os a las estrellas

que componían el coro. Las voces masculinas correspondían a los estudiantes del "Pichincha", y las voces femeninas pertenecían a las educandas del "Sagrado Corazón de Jesús". El director era Humberto Iporre Salinas y, bajo su égida, el canto coral era una invencible escuela de socialización y democracia que reflejaba estéticamente nuestra genealogía. En el aludido cuerpo coral, el Gato oficiaba como solista por méritos propios, despertando celos y celos en algunos cantantes de menor altura dentro y fuera del colegio. Ese tiempo, el mirado de Iporre Salinas cantaba indistintamente una melodía de Schubert, Lara, Verdi, o una suite india compuesta por su exigente mentor.

Haciendo un paréntesis, es indispensable elucidar que la enseñanza en esa coyuntura era memoria y crítica. En el Pichincha, como en otros colegios de Bolivia, fueron muy contados los profesores que transmitieron conocimientos e interpretaciones útiles para la vida real en pos de una cualitativa transformación de nuestra sociedad. Sin duda, el maestro de música Iporre Salinas fue uno de ellos, ya que de su fuerza emergieron una apreciable cantidad de excelentes músicos que contemporáneamente aportan al arte y a la cultura del país. No debemos olvidar que, una educación científica, alista y proyecta al género humano para erigir colectividades que todavía no existen. Una buena educación es la antesala imprescindible al desarrollo económico, como también a otras formas de progreso. Si el Estado hubiese atendido las sugerencias pedagógicas de hombres lúcidos como: Simón Rodríguez, Franz Tamayo, Elizardo Pérez, Mariano Baptista y tantos otros, cuán promisorio y distinto sería nuestro presente. En lo que atañe a este tema, por esa época, Mariano Baptista Gumucio escribió valiente y constructivamente dos libros: "Salvemos a Bolivia de la escuela", en 1971, y "La educación como forma de suicidio nacional", en 1973.

La instrucción pública al no interactuar y coincidir con la realidad, provocó que estudiantes como el Gato, avizoraran en los intramuros colegiales a criptas oscurantistas que les impedían mamar golosamente de las ubres generosas de la vida y del auténtico saber. Los altos índices de deserción escolar de aquella circunstancia así lo corroboran. La innata sabiduría pedagógica del maestro, pese a su rigidez, supo conquistar con música el espíritu inconformista e independiente del Gato. Muchos hubieron que atrincherados en sus prejuicios y convencionalismos criticaron ponzoñosamente su rebeldía; empero el Gato les desoyó, porque los espíritus libres ignoran el dialecto de los ruines y jamás comprenderán el motivo por el que se arrastran y amontonan sónicamente las larvas. Sus disidencias e intuiciones eran superiores a su edad y a su medio.

Retornando a mi relato debo decir que, esa mañana de mayo del año indicado, el Gato no pudo integrar a tiempo el coro estudiantil, puesto que se había entretenido jugando y conversando con un grupo de muchachas del liceo "Santa Rosa", las mismas que habían ido a disputar un encuentro de baloncesto en el campo deportivo pichincheño. Mas, la causa principal de su distracción fue una graciosa jugadora que, contoneando sus caderas pecaminosas, le guiñó maliciosamente un ojo, provocando que su ego fálico ascendiera a la velocidad de la luz más allá del bien y del mal. Estaba empezando a sentir en carne propia el poder significativo del latinajo pronunciado por el mundano padre Otreblaug: *Non tantum falum est mictione, sed etiam formicatione*. La atávica delectación que le produjo esta colegiala de divinas proporciones, logró que se olvidara, casi por completo, del ensayo convocado por el puntual y estricto director coral. Cuando pudo tornar del paraíso sensual al que se remontó, alarmado se percató que había sobrepasado con varios minutos la hora del recreo.

Como es de imaginarse, el Gato llegó agitado y preocupado al salón de música con bastante retraso, cuyas puertas se encontraban herméticamente cerradas y ya empezaban en el piano las notas ondulantes de una melodía de Schubert, invocadas por los dedos hechiceros del maestro. La desesperación crecía como un remolino en su pecho, ya que se podrá advertir que cualquier presencia podía pasar desapercibida por el severo director del coro, y no así la del tenor del mismo, que ejecutaba soleadas en esa hermosa canción, como también en los otros cánticos que habían de ejercitarse y el Gato se encontraba fuera del aula.

Dentro del salón, sus compañeros corales aguardaban con tensión y morboso interés el desenlace. Mediante los ventanales se adivinaban en el Gato a un condenado a la dolorosa "peña de la palmeta musical", muy semejante a la desaparecida e infame pena del azote público. Es menester detallar que la palmeta

adquiría una función doble, casi mágica, en las manos diestras del maestro: una, la dirección musical, y la otra, la imposición de una disciplina cuartelaria en el coro. Aún pervivían ciertos resabios educativos coloniales traducidos en este descarnado axioma: "la letra con sangre entra".

Iporre Salinas, hasta ese minuto, no había reparado en la ausencia "suicida" del Gato. Entretanto, un compañero de colegio apodado erróneamente "el turco", por no poseer raíces otomanas sino moriscas, entre risitas disimuladas y retorciendo nerviosamente los dedos gordos de sus pies, se relamía de placer al pensar en lo que parecía la eminente "ejecución" del Gato. El alumno indicado, siendo de origen árabe, paradójicamente era la "cabeza de turco" que la mayoría de las veces respondía por cualquier desorientación o indisciplina que intentaba irrumpir en aquellas memorables y ahora lejanas clases de música. El mismo que, al recibir una *dolcissima* "amonestación" con la palmeta o las extremidades superiores o inferiores del maestro, siempre emitía un *ay!* lastimero en tono agudo, dándole un maliz grazioso y sutil a nuestro cuerpo coral tan excepcionalmente dirigido.

El Gato violó llegar el instante de su participación con la desazón de alguien que se ve perdido por algo y precisamente él, que era solista del coro, se encontraba en el corredor continuo al salón de música. De súbito, inspirado por un sentimiento mezcla de picardía y respeto, desde el frío y silente pasillo, elevó su voz potente y diáfana a lo largo de toda la referida canción. En ese momento incierto, el portero del colegio que fortuitamente pasaba cojeando por el lugar, percibiendo la crítica situación del intrépido cantor y sabedor del carácter quisquilloso del maestro, sentenció presagioso:

—¡Este chico por tenorio dejará de ser tenor!

Humberto Iporre Salinas, al escuchar el canto *appassionato* del Gato desde fuera del aula, sorprendido, pero sin dejar de tocar el piano con furia, alzó su vista en dirección a la ventana ubicada en la puerta y, por unos segundos, que al Gato se le antojaron eternos, le miró intensamente a través de los cristales. Pese a ello, todos y cada uno de los actores de aquel singular e improvisado "drama musical", prosiguieron cumpliendo estriictamente sus roles hasta concluir con *spiritu* el tema Schubertiano. Acto seguido, el Gato con un gesto de resignación, esperó una reprimenda colosal por impuntual y su expulsión ignominiosa del coro y, quizás... Inmediatamente, juró y perjuró para sí que en lo sucesivo nunca más perdería la cabeza por ningún curvilíneo traserol. Ante la expectativa de sus compañeros de coro, que sobradamente conocían el humor volcánico del maestro, este maestro abrió la puerta del salón de música y, para el asombro de todos los allí presentes, incluido el Gato, le ordenó en tono ligeramente paternal, pero no exento de gravedad: "Pase, se va a resfriar cantando ahí fuera".

Las malévolas lenguas que pululan por la ilustre Villa desde su génesis, aseguran que el Gato nunca cumplió su juramento y que actualmente se encuentra extraviado en las rutas ignotas que le impone, cual bruja infernal, su curiosidad del mundo. Proclamando además que, el día del Juicio Final, su alma será inexorablemente condenada a achicarrarse a fuego lento en el averno, debido a que un domingo de cuaresma del año 1975, al celebrarse una misa de expiación en la Santa Basílica, los oídos inquisidores de dos brujas disfrazadas de beatas captaron que, escuchando cantar al Gato, una monja joven a otra anciana le dijo:

—El Gato canta como un ángel, pero es... ¡un demonio!

Oyendo también que su acompañante le replicó:

—¡Christi no debes confesar en voz alta tus pecados carnales

Han pasado abundantes pinceladas de nieve y sangre por las cúspides circundantes al viejo Potosí y, todavía en algún crepúsculo, la voz del Gato y la guitarra idílica de Jorge Arana Gutiérrez despabilan y paladean las pócimas sonoras urdiidas por el maestro.

Al colocar punto final a esta reminiscencia, soy un convencido de que la personalidad de Humberto Iporre Salinas puede resumirse en una sola palabra: generosidad. A partir de ella deben interpretarse los claroscuros de su genio y de su afanoso existir.

### Santiago Dabove (\*)

#### Tren

El tren era el de todos los días a la tarde, pero venía moroso, como sensible al paisaje.

Yo iba a comprar algo por encargo de mi madre. Era suave el momento, como si el rodar fuera cariño en los líbros riales. Subí, y me puse a atrapar el recuerdo más antiguo, el primero de mi vida. El tren se retardaba tanto que encontré en mi memoria un olor maternal: leche calentada, alcohol encendido. Esto hasta la primera parada: Haedo. Después recordé mis juegos pueriles y ya iba hacia la adolescencia, cuando Ramos Mejía me ofreció una calle sombría y romántica, con su niña dispuesta al noviazgo. Allí mismo me casé, después de visitar y conocer a sus padres y el patio de su casa, casi andaluz. Ya salíamos de la iglesia del pueblo, cuando de tocar la campana; el tren proseguía el viaje. Me despedí, y como soy muy ágil, lo alcancé. Fui a dar a Ciudadela, donde mis esfuerzos querían horadar un pasado quizá imposible de resucitar en el recuerdo.

El jefe de estación, que era amigo, acudió para decirme que aguardara buenas nuevas, pues mi esposa me enviaba un telegrama anunciantelas. Yo pugnaba por encontrar un terror infantil (pues los tuve), que fuera anterior al recuerdo a la leche calentada y del alcohol. En eso llegamos a Liniers. Allí, en esa parada tan abundante en tiempo presente, que ofrece el ferrocarril Oeste, pude ser alcanzado por mi esposa que traía los mellizos vestidos con ropas caseras. Bajamos y, en una de las resplandecientes tiendas que tiene Liniers, los proveímos de ropa estándares, pero elegantes, y también de buenas carteras de escolares y libros. En seguida alcanzamos el mismo tren en que íbamos y que se había demorado mucho, porque antes había otro tren descargando leche. Mi mujer se quedó en Liniers, pero ya en el tren, gustaba de ver mis hijos tan floridos y robustos hablando de fútbol y haciendo los chistes que la juventud cree inaugurar. Pero en Flores me aguardaba lo inconcebible; una demora por un choque con vagones y un accidente en un paso a nivel. El jefe de la estación de Liniers, que me conocía, se puso en comunicación telegráfica con el de Flores. Me anuncianaban malas noticias. Mi mujer había muerto, y el cortejo fúnebre trataría de alcanzar el tren que estaba detenido en esta última estación. Me bajé atribulado, sin poder enterar de nada a mis hijos, a quienes había mandado adelante para que bajaran en Caballito, donde estaba la escuela.

En compañía de unos parientes y allegados, enterramos a mi mujer en el cementerio de Flores; y una sencilla cruz de hierro nombró e indica el lugar de su detención invisible. Cuando volvimos a Flores, todavía encontramos el tren que nos acompañaría en tan felices y alegres andanzas. Me despedí en el Once de mis parientes políticos y, pensando en mis pobres chicos huérfanos y en mi esposa difunta, fui como un sonámbulo a la "Compañía de Seguros", donde trabajaba. No encontré el lugar.

Preguntando a los más ancianos de las inmediaciones, me enteré que habían demolido hacia tiempo la casa de la "Compañía de Seguros". En su lugar se erigía un edificio de veinticinco pisos. Me dijeron que era un ministerio donde todo era inseguridad, desde los empleos hasta los decretos. Me metí en un ascensor, y ya en el piso veinticinco, busqué furioso una ventana y me arrojé a la calle. Fui a dar al follaje de un árbol coposo, de hojas y ramas como de higuera algodonada. Mi carne, que ya se iba a estrellar, se dispersó en recuerdos. La bandada de recuerdos, junto con mi cuerpo, llegó hasta mi madre. "Ah que no recordaste lo que te encargué", dijo mi madre, al tiempo que hacía un ademán de amenaza cómica: "Tienes cabeza de pájaro".

Santiago Dabove. Argentina 1889 - 1951.

